

cidos al pasar el Mont-Cenis, como se inquieta por un manuscrito de la biblioteca de San Ambrosio, y ruega al ministro del Interior le participe su ingreso en la biblioteca nacional. Asimismo manifiesta su opinión al directorio sobre sus generales:

«Berthier; talento, actividad, valor, firmeza, todo lo reúne.

«Augereau; carácter firme, valor, constancia, actividad, es querido del soldado y feliz en sus operaciones.

«Massena; activo, infatigable, tiene mucho atrevimiento, buen golpe de vista, y prontitud en sus decisiones.

«Serurier; se bate como un soldado, no acepta ninguna responsabilidad, es firme, no tiene muy buena opinión de sus tropas, es enfermizo.

«Despinois; flojo, pesado, sin osadía; no se cuida de la guerra, no es querido del soldado ni se bate a su cabeza; además, es altanero, tiene sanos principios y sano criterio político; bueno para mandar en el interior.

«Sauret; bueno, soldado excelente, no muy instruido para ser general; poco afortunado.

«Abbatucci; no sirve para mandar cincuenta hombres, etc., etc.»

Bonaparte escribía al jefe de los *maïnottes*:

«Los franceses aprecian el pequeño, pero valiente pueblo que, único resto de la antigua Grecia, supo conservar su virtud; los dignos descendientes de Esparta, a los que no ha faltado otra cosa para hacerse tan famosos como sus antepasados que encontrarse en un teatro más vasto.» Da cuenta a las autoridades de la toma de posesión de Corfú: «La isla de Corcira—dice—era, según Homero, patria de la princesa Nausica.» Envía el tratado de paz concluido con Venecia: «Nuestra marina ganará con él cinco o seis navíos de guerra, tres o cuatro fragatas, además de tres o cuatro millones de cordajes. Que me manden marineros franceses o corsos; y yo tomaré de los de Mantua y de Guarda. Mañana salen, un millón para Tolón, dos millones, etc., etcétera, que forman la suma de cinco millones, que envió de Italia durante la nueva campaña. He encargado a... que vaya a Sión para que procure entablar negociaciones con el Valais.» Comunica la salida de Trieste de un cargamento de tri-

go y de cueros que dirigía a Génova. Regala al bajá de Escútari cuatro cajones de fusiles en prueba de su amistad, y manda a Milán algunos hombres sospechosos, prendiendo a algunos otros. Escribe al ciudadano Grogniard, comisario de la marina de Tolón: «Yo no soy vuestro juez, pero si estuviérais bajo mis órdenes, os reduciría a prisión por haber asentido a una petición ridícula.» En una nota enviada al ministro del papa, dice: «El papa pensará, supongo, que es muy digno de su sabiduría y de la más santa de las religiones dar una bula o mandamiento que obligue a los sacerdotes a obedecer al gobierno.»

Al mismo tiempo se ocupaba en las negociaciones con las nuevas repúblicas, detalles para las fiestas de Virgilio y Ariosto, de la explicación y traducción de los veinte cuadros y de los quinientos manuscritos de Venecia; y todo esto lo hacía al recorrer Italia, ensordecida con el ruido de los combates, y que era entonces una hoguera donde los granaderos vivían en medio del fuego, como las salamandras.

En medio de estos sucesos y triunfos, llegó el 18 de fructidor, favorecido por las proclamas de Bonaparte y por las deliberaciones de su ejército, en pugna con el ejército del Mosa. Entonces desapareció el que quizás injustamente había pasado por autor de los planes de las victorias republicanas; se asegura que Danissy, Lafitte y d'Arçon, tres genios militares, fueron quienes los habían dirigido. Carnot estuvo proscripto para la influencia de Bonaparte.

El 17 de octubre firmó éste el tratado de paz de Campo-Formio: la primera guerra continental de la Revolución terminó a treinta leguas de Viena.

CONGRESO DE RASTATT. — VUELTA DE NAPOLEÓN A FRANCIA. — NOMBRAMIENTO DE NAPOLEÓN PARA EL MANDO DEL EJÉRCITO LLAMADO DE INGLATERRA. — PROCLAMA. — SALE PARA LA EXPEDICIÓN DE EGIPTO. — «EXPEDICIÓN DE EGIPTO». — MALTA. — BATALLA DE LAS PIRÁMIDES. — EL CAIRO. — NAPOLEÓN EN LA GRAN PIRÁMIDE. — SUEZ.

Habiéndose reunido un congreso en Rastatt, y nombrado Napoleón representante por el Directorio, se despidió del ejército de Italia. «Sólo me consuela, le dijo, la esperanza de volverme a reunir

muy pronto con vosotros, luchando con nuevos peligros.» El 16 de noviembre de 1797 anunció en su orden del día que había salido de Milán para ir a presidir la legación francesa en el congreso, y que había enviado al Directorio la bandera del ejército de Italia.

En una de las caras de esta bandera había hecho bordar Bonaparte el resumen de sus conquistas. «Ciento cincuenta mil prisioneros, diez y siete mil caballos, quinientas cincuenta piezas de artillería de sitio, seiscientas de campaña, cinco equipajes de puentes, nueve navíos de cincuenta y cuatro cañones, doce fragatas de treinta y dos, doce corbetas, diez y ocho galeras; armisticio con el rey de Cerdeña; convenio con Génova; armisticios con el duque de Parma, con el duque de Módena, con el rey de Nápoles, con el papa; preliminares de Leoben; tratado de Montebello con la república de Génova; tratado de paz con el emperador en Campo Formio; da la libertad a los pueblos de Bolonia, Ferrara, Módena, Massa Carrara, de la Romanía, de la Lombardía, de Brescia, de Bérgamo, de Mantua, de Cremona, de una parte del Verona, de Chiavenna, Bormio, y de la Valtelina, a la ciudad de Génova, a los feudos imperiales, al pueblo de los departamentos de Corcira, del mar Egeo y de Itaca.

«Enviadas a París las obras maestras de Miguel Angel, del *Guerchino*, del Ticiano, de Pablo el Veronés, Correggio, Albano, de los Carrache, Rafael, Leonardo de Vinci, etc.»

«Este monumento del ejército de Italia—dice la orden del día—será colocado en la bóveda del salón de sesiones públicas del Directorio, dando así testimonio de las hazañas de nuestros guerreros, cuando haya desaparecido la presente generación.»

Después de un convenio puramente militar, que estipuló la entrega de Maguncia a las tropas de la república, y de Venecia a las tropas austriacas, Bonaparte marchó de Rastatt, dejando sus poderes en el congreso en manos de Treillard y de Bonnier.

En los últimos tiempos de la campaña de Italia, Napoleón tuvo muchos disgustos, causados por la envidia de algunos generales y del Directorio; dos veces había presentado la dimisión; pero, aunque los miembros del gobierno la deseaban, no se atrevían a aceptarla. Los sen-

tamientos de Bonaparte no se acomodaban al espíritu de la época; cedía con disgusto ante los intereses nacidos de la revolución, y de aquí las contradicciones de sus actos y de sus ideas.

De regreso a París, fué a parar a su casa, calle de Chantereine, que tomó, y aun conserva, el nombre de la *calle de la Victoria*. El consejo de los Ancianos quiso regalar Chambord a Napoleón, que era obra de Francisco I, y que sólo recuerda el destierro del último hijo de San Luis. Bonaparte fué presentado en el Directorio el 10 de diciembre de 1797, en el patio del palacio de Luxemburgo. En el centro del patio se alzaba un altar de la patria, sobre el que se hallaban colocadas las estatuas de la Libertad, de la Igualdad y de la Paz. Las banderas cogidas al enemigo formaban un dosel, bajo el que estaban varios de los miembros del Directorio vestidos en traje antiguo; la sombra de la Victoria descendía de estas banderas, bajo las cuales Francia se detenía un momento. Bonaparte estaba vestido con el uniforme que llevó en Arcole y en Lodi. El señor de Talleyrand recibió al vencedor al lado del altar, acordándose haber dicho misa hacia poco tiempo sobre otro. Fugitivo, vuelto de los Estados Unidos, y encargado por la protección de Chenier del ministerio de Estado, el obispo de Autun, con el sable al costado, estaba cubierto con un sombrero a lo Enrique IV. La importancia de los sucesos impedía que se tomaran a risa estas transformaciones de trajes.

El prelado hizo el elogio del conquistador de Italia: «Gusta—dice—de los cánticos de Osían sobre todo, porque ellos nos separan de la tierra. Lejos de temer lo que se llama su ambición, habremos de ir a solicitarla algún día, para arrancarle de las dulzuras de su retiro.»

¡Predicción maravillosa!

El hermano de San Luis en Grandella, Carlos VIII en Fornoue, Luis XII en Agnadel, Francisco I en Mariñán, Lautrec en Rávena, Catinat en Turín, estaban a gran distancia del nuevo general. Los triunfos de Napoleón no han tenido ejemplo.

Los miembros del Directorio, temiendo un despotismo superior que amenazaba todos los despotismos, vieron con inquietud los homenajes que se tributaban a Napoleón; trataban de desembarazarse de su presencia, y daban pábulo a los deseos que manifestaba hacia una

expedición al Oriente. Bonaparte decía: «Europa es un montón de tierra insignificante; no ha habido grandes imperios y grandes revoluciones sino en el Oriente; ya no puedo adquirir más gloria aquí; esta reducida Europa, no puede dar más de sí.»

Napoleón, como un niño, estaba muy contento por haber sido elegido miembro del Instituto. Pedía solamente el plazo de seis años para ir a las Indias y volver: «No tengo más que veintinueve años; pensaba; soy muy joven; cuando vuelva, tendré treinta y cinco.»

Nombrado general de un ejército llamado de Inglaterra, y que se hallaba distribuido en Brest y en Amberes, pasó su tiempo en inspecciones, en excitar a las autoridades civiles y científicas, mientras se reunían las tropas que debían componer el ejército de Egipto. Sobre vino la cuestión de la bandera tricolor y del gorro encarnado, que el embajador francés en Viena, general Bernadotte, colocó sobre la puerta de su palacio. El Directorio se disponía a retener a Bonaparte para oponerle a una nueva guerra posible, cuando el señor de Cobenzel previno el rompimiento, y Napoleón recibió el orden de marchar. Italia estaba republicana, Holanda transformada en república, la paz dejando soldados inútiles a Francia, extendidos hasta el Rin, el directorio, en su tímida previsión, se apresuró a alejar al vencedor. Los acontecimientos de Egipto cambiaron a la vez la fortuna y el genio de Napoleón, añadiendo nuevo esplendor a su genio, ya demasiado brillante, con un rayo de sol que iluminó la columna de nube y de fuego.

Tolón, 19 de mayo 1798.

PROCLAMA

«Soldados: Vosotros sois una de las alas del ejército de Inglaterra.

»Habéis hecho la guerra en las montañas, en las llanuras, en las ciudades; sólo os falta hacer la guerra marítima.

»Las legiones romanas, a quienes habéis imitado algunas veces, pero con las que nunca os habéis igualado todavía, combatían a un mismo tiempo contra Cartago sobre estos mares y sobre las llanuras de Zama. La victoria nunca les abandonó, porque siempre fueron valientes, sufridos en las fatigas, disciplinados, y estuvieron unidos entre sí.

»Soldados: Europa tiene su vista fi-

ja en vosotros! Tenéis grandes empresas que llevar a cabo, batallas, peligros y fatigas que vencer; haréis aún más de lo que hasta aquí hicisteis por la prosperidad de la patria, por la felicidad de los hombres y por vuestra propia gloria.»

Después de esta proclama, llena de recuerdos, se embarcó Napoleón. Se figura uno hablar de Homero o del héroe que guardaba los cantos de Moisés en una caja de oro. Este hombre no camina despacio: apenas ha postrado a Italia a sus pies, aparece en Egipto: novelesco episodio con que ennoblece su vida real. Lo mismo que Carlomagno, une a su historia una epopeya. En la biblioteca que llevaba consigo se hallaba a *Osián*, *Werther*, *La Nueva Eloisa* y *El Antiguo Testamento*: extraño conjunto que demuestra el caos de su cabeza. Confundía las ideas positivas con los sentimientos novelescos, los sistemas y las utopías, los estudios serios y los delirios de la imaginación, la sabiduría y la locura. De estos abortos incoherentes del siglo sacó su Imperio: sueño inmenso, pero rápido, como la noche que le había engendrado.

El 9 de mayo de 1798 entró Bonaparte en Tolón, hospedándose en el hotel de la Marina; diez días después se embarcó en el navío almirante *El Oriente*; el 19 de mayo se dió a la vela, y salió del mismo sitio en que por la primera vez había derramado sangre, y sangre francesa. Los crímenes de Tolón le prepararon para los de Jaffa. Llevaba consigo a los generales primogénitos de su gloria, Berthier, Caffarelli, Kléber, Desaix, Lannes, Murat y Menou; le acompañaban trece navíos de línea, catorce fragatas y cuatrocientos buques de transporte.

Nelson le dejó escapar del puerto y le perdió de vista en el mar, aunque nuestros navíos llegaron a estar a seis leguas de distancia de los barcos ingleses. Desde el mar de la Sicilia vió Napoleón la cima de los Apeninos, y exclamó: «No puedo ver sin emoción la tierra de Italia; allí está el Oriente; vamos a él.» Al divisar Ida habló de Minos y de la sabiduría de los pueblos antiguos. En la travesía, Bonaparte se complacía en reunir a las personas más científicas que le acompañaban, y entablaba discusiones, en las que se unía regularmente a la opinión más absurda o a la más atrevida: se informaba de si los planetas estaban ha-

bitados cuando fueron destruidos por el fuego y por el agua, como si se hallase encargado de la inspección del ejército celeste.

Llega a Malta, desalojando la antigua orden de caballería que se había refugiado en el agujero de una roca marina, y después invade las ruinas de la ciudad de Alejandro. Al amanecer divisa la columna de Pompeyo, que veía yo desde mi navío al alejarme de Libia. Desde aquel momento, inmortalizado por un grande y triste nombre, se lanza y escala las murallas, tras de las que se encontraba en otro tiempo el depósito de los remedios del alma y las agujas de Cleopatra, hoy por tierra entre los descarnados perros. Se fuerzan las puertas de Rosetta, y las tropas francesas se precipitan en los dos puertos y en el faro. ¡Horrible espectáculo! El ayudante general Boyer escribe a su familia lo siguiente:

«Los turcos, desalojados de todas sus posiciones, se acogen a la casa de sus dios y de su profeta: invaden las mezquitas; hombres, mujeres, ancianos, jóvenes y niños, todos son asesinados.»

Napoleón había dicho al obispo de Malta: «Podéis asegurar a vuestra diócesis que la religión católica, apostólica y romana no sólo será respetada, sino que sus ministros serán especialmente protegidos.» Cuando llegó a Egipto, dijo: «Pueblos de Egipto, yo respeto más que los mamelucos a Dios, a su profeta y al Korán. Los franceses son amigos de los musulmanes. Hace poco que, marchando sobre Roma, han derrocado el trono del papa, que enseñaba a los cristianos contra los sectarios del islamismo. Después dirigieron su rumbo hacia Malta, expulsando de allí a los que se decían enviados de Dios para hacer la guerra a los musulmanes... Si los mamelucos son los arrendadores del Egipto, muestren la escritura que Dios les ha otorgado.»

Bonaparte, delante de las pirámides, gritó a sus soldados: «Tened presente que de lo alto de esos monumentos, cuarenta siglos os contemplan.» Llega al Cairo; su flota se abrasa en Abukir; el ejército de Oriente queda separado de Europa. Julián (de la Drome), hijo de Julián el convencionalista, testigo de aquella catástrofe, la cuenta por minutos:

«Son las siete; la noche se adelanta,

y el fuego sigue cada vez con mayor intensidad. A las nueve y algunos minutos, el navío estalla. Las diez; el fuego se debilita, y la luna se levanta por la derecha del sitio en que he visto la explosión del buque.»

Bonaparte en el Cairo declara al jefe de la religión que él será el restaurador de las mezquitas: envía su nombre a la Arabia, a la Etiopía y a las Indias. El Cairo se levanta, y Napoleón lo bombardea en medio de una tempestad: el inspirado dice a los creyentes: «Podría yo pedir cuenta a cada uno de vosotros de los más secretos sentimientos de vuestro corazón, pues yo lo sé todo, aun aquello que a nadie habéis revelado.» El gran scherif de la Meca le titula en una carta el protector de la Kaaba: el papa, en una comunicación, le dice *mi muy querido hijo*.

Por una debilidad de su naturaleza, Bonaparte prefería con bastante frecuencia su lado débil a su lado fuerte. No le satisfacía el ganarlo todo de una vez; la mano que pesaba sobre el mundo se complacía en hacer juegos de manos; convencido, cuando usaba de sus facultades, de desquitarse de las pérdidas, su genio era el reparador de su carácter. ¿Por qué no se presentó, entonces, como el heredero de los caballeros andantes?

Cuando yo estuve en el Cairo, esta ciudad conservaba la huella de los franceses: había un jardín público, obra nuestra, plantado de palmeras. En otra época estaba rodeado de fondas, pero, desgraciadamente, nuestros soldados, semejantes a los antiguos egipcios, paseaban un ataúd en rededor de sus festines.

¡Qué admirable espectáculo si se pudiese creer en él! Bonaparte, sentado en el interior de la pirámide de Cheops, sobre el sarcófago de un faraón, cuya momia había desaparecido, conversaba con los muphtis y los imanes. Sin embargo, copiemos lo que dice *El Moniteur*, como un trabajo de la musa. Ya que no sea la historia material de Napoleón, es la de su inteligencia, y esto es algo. Oigamos salir de las entrañas de un sepulcro esa voz que oirán todos los siglos.

(*Moniteur* del 27 de noviembre 1798).

«En el día de hoy, 25 de termidor del año iv de la república francesa, una e indivisible, correspondiente al 28 de la

luna de Mucharim, el año de la hégira 1213, el general en jefe, seguido de muchos oficiales de estado mayor del ejército y de muchos miembros del Instituto nacional, se trasladó a la gran pirámide llamada de Cheops, donde le esperaban muchos muphtis e imanes, encargados de enseñarle su construcción interior.

»La última sala en que se detuvo el general en jefe está construída en forma de bóveda muy aplanada, y tiene treinta y dos pies de largo, diez y seis de ancho, y diez y nueve de altura. No había más que una sepultura de granito de cerca de ocho pies de largo sobre unos cuatro de espesor, que contenía la momia de un faraón. Sentóse sobre aquella mole, e hizo tomar asiento a su lado a los muphtis e imanes, *Solimán*, *Ibrahim* y *Mohamed*, con los cuales tuvo la siguiente conversación en presencia de toda su escolta:

»*Bonaparte*. Dios es grande, y sus obras son maravillosas. ¡He aquí un gran trabajo de la mano del hombre! ¿Qué fin tendría el que hizo construir esta pirámide?

»*Solimán*. Fué un poderoso rey de Egipto, cuyo nombre se cree que era Cheops. Quería impedir que los sacrilegos viniesen a turbar el sueño de sus cenizas.

»*Bonaparte*. El gran Ciró mandó que le enterraran al aire libre para que su cuerpo volviese a los elementos; ¿crees tú que no obró con más cordura? ¿lo crees tú?

»*Solimán* (inclinándose). ¡Gloria a Dios, a quien se debe toda la gloria!

»*Bonaparte*. ¡Gloria a Alá! No hay más Dios que Dios; Mahoma es su profeta, y yo soy uno de sus amigos.

»*Ibrahim*. ¡Que los ángeles de la victoria limpien de polvo tu camino y te cubran con sus alas! ¡El mameluco ha merecido la muerte!

»*Bonaparte*. Ha sido entregado a los ángeles negros Moukir y Quarquir.

»*Solimán*. El extendió sus manos de rapiña sobre las tierras, las mieses y los caballos del Egipto.

»*Bonaparte*. Los tesoros, la industria y la amistad de los franceses serán compartidos con vosotros en tanto que subís al séptimo cielo, y que sentados al lado de las huries de ojos siempre negros, siempre vírgenes, descansáis a la sombra del labo, cuyas ramas ofrecerán a los musulmanes todo cuanto pueden desear.»

Semejante farsa en nada disminuyen la gravedad de las Pirámides:

Vingt siècles, descendus dans l'éternelle nuit,
Y sont sans mouvement, sans lumière et sans bruit.

«Veinte siglos escondidos en la eterna noche, están allí sin movimiento, sin luz y sin ruido.»

Napoleón, reemplazando a Cheops en aquella cripta secular, hubiera aumentado su renombre; pero es falso que entrara jamás en aquel vestíbulo de la muerte.

«En el resto de nuestra navegación por el Nilo—decía yo en el *Itinerario*—, permanecí en el puente, contemplando aquellas tumbas... Los grandes monumentos constituyen una parte esencial de la gloria de las sociedades humanas: conservan la memoria de un pueblo más allá de su existencia y le hacen vivir contemporáneo de las generaciones que van a establecerse en los campos abandonados.»

Demos gracias a Bonaparte y a las Pirámides porque nos han justificado, a nosotros, pobres hombres de estado, llenos de poesía, que andamos a caza de anécdotas sobre las ruinas.

Al leer las proclamas, las órdenes del día y los discursos de Napoleón, se convence uno de que procuraba presentarse como un enviado del Cielo, imitando a Alejandro. Calístenes, a quien el macedonio trató luego tan cruelmente, en castigo, sin duda, de la adulación del filósofo, fué el encargado de probar que el hijo de Filipo era hijo de Júpiter, y así se ve en un fragmento de Calístenes, que nos ha conservado Estrabón. La *Conferencia de Alejandro*, de Pasquier, es un diálogo de muertos, entre Alejandro, el gran conquistador, y el burlón Rabelais:

«Haz pasar ante la vista—dice Alejandro a Rabelais—todas esas comarcas que hay allá abajo, y no encontrarás ningún personaje de fama que para dar autoridad a sus ideas, no haya tratado de dar a entender que tenía gran familiaridad con los dioses.» Rabelais replica: «Alejandro, si te he de hablar con verdad, nunca me entretuve, jamás, en ocuparme de tus particularidades, ni aun en lo que concierne al vino. Pero, ¿qué provecho sacas ahora de tu grandeza? ¿Eres, por ventura, distinto de mí? El sentimiento

de lo perdido te debe causar tanto pesar, que sería mucho mejor para ti que juntamente con el cuerpo hubieras perdido la memoria.»

Y, sin embargo, al ocuparse de Alejandro, se equivocaba Bonaparte con respecto a sí mismo, a la época y a la religión actual. Hoy nadie puede hacerse pasar por un dios. Las hazañas de Napoleón en el Levante no se encontraban unidas todavía a la conquista de Europa, y no habían tenido resultados suficientemente grandes para imponer a los musulmanes, aun cuando le apellidaban el *sultán de fuego*. «A la edad de treinta y tres años—dice Montaigne—, Alejandro había pasado victorioso por toda la tierra habitable, y en media vida había llegado al apogeo del poder de la humana naturaleza. Más reyes y príncipes escribieron sus hazañas que historiadores han escrito las hazañas de otros reyes.»

Desde el Cairo, Bonaparte se dirigió a Suez; vió el mar, cuyas aguas separó Moisés, y que se precipitaron sobre Faraón. Reconoció las huellas del canal comenzado por Sesostris, ensanchado por los persas, y continuado por el segundo de los Ptolomeos, y cuyas obras fueron empezadas de nuevo por los sultanes, con el fin de extender al Mediterráneo el comercio del mar Rojo. Proyectó conducir un ramal del Nilo al golfo de Arabia: en el fondo de este golfo trazó su imaginación un nuevo Oír, donde había todos los años una feria para los comerciantes de perfumes, aromas, telas de seda, y de todos los objetos preciosos de Mascate, de la China, de Ceylán, de Sumatra, de Filipinas y de las Indias. Los cenobitas, descendiendo del Sinaí, le ruegan que inscriba su nombre al lado del de Saladino en el libro de sus *garantías*.

De vuelta al Cairo, Bonaparte celebra el aniversario de la fundación de la república, dirigiendo estas palabras a sus soldados: «Cinco años hace que la independencia del pueblo francés fué amenazada; pero vosotros os apoderasteis de Tolón: aquello fué el presagio de la ruina de vuestros enemigos. Pasado un año, derrotabais a los austriacos en Dego; al año siguiente os encontrabais en la cima de los Alpes; luchabais contra Mantua; hace tres años alcanzabais la célebre victoria de San Jorge; el año pasado estabais en el nacimiento del Drave y del Isonzo de vuelta de Alemania. ¿Quién hubiera dicho entonces que hoy esta-

riais en las orillas del Nilo y en el centro del antiguo continente?»

OPINIÓN DEL EJÉRCITO.—CAMPAÑA DE SIRIA.

¿Pero Bonaparte, rodeado de tantos cuidados y ocupado en tantos proyectos, tenía, acaso, ideas fijas? En tanto que parecía que deseaba permanecer en Egipto, la ficción no le cegaba sobre la realidad, y escribía a su hermano José: «Pienso estar en Francia dentro de dos meses: haz de manera que a mi llegada pueda disponer de una casa de campo, bien en los alrededores de París o bien en Borgoña, pues pienso pasar el invierno en ella.» No calculaba Bonaparte lo que podría oponerse a su vuelta: su voluntad era su destino y su fortuna. Habiendo caído esta correspondencia en poder del almirantazgo, los ingleses llegaron hasta a decir que Napoleón no había tenido otra misión que la de hacer perecer su ejército. En otra de sus cartas se queja de la coquetería de su esposa.

Los franceses en Egipto eran tanto más dignos de admiración, cuanto que apreciaban la extensión de sus males: un sargento de caballería escribía a un amigo suyo: «Di a Ledoux que no caiga en la tentación de venir a este maldito país.»

Avriery dice: «Todos los habitantes que vienen del interior afirman que Alejandría es la ciudad más bonita que hay. ¡Ah! ¿cómo serán las demás? Figúraos un confuso montón de casas mal construídas y de un solo piso; las más elegantes con azotea, con una pequeña puerta de madera y cerradura de lo mismo: no tienen ventanas, y sí únicamente una verja de madera, tan espesa, que nada puede verse por ella. Calles estrechas, si se exceptúan la del barrio de los Francos y el distrito de los grandes señores. Los habitantes pobres, que forman el mayor número, van casi desnudos, pues sólo llevan una camisa azul que les llega a la mitad del muslo, un cinturón y un miserable turbante. ¡Estoy harto de este país encantador, y me enfurezco sólo de pensar que me hallo en el maldito Egipto! Arena por todas partes. ¡Y cuántos se han llevado chasco! ¡Los aventureros, o, por mejor decir, todos estos ladrones que vinieron con nosotros, andan cabizbajos, deseando volver por allí; ya lo creo!»